

Era lo que en montería se llama *un perro viejo*.

Pero quién es perfecto?

Los grandes estratégicos sufren sus eclipses.

Las grandes tonterías se hacen muchas veces, como las cuerdas gruesas, con muchos cabos. Tomad un cable hilo á hilo; tomad por separado los motivos determinantes; los rompereis con facilidad uno detrás de otro y direis: ¡esto no vale nada! Pero trenzad y torced esos mismos hilos juntos y os resultará una resistencia enorme. Es Atila, que duda entre Marcio en el Oriente y Valentiniano en el Occidente; es Aníbal, que descansa en Cápua; es Danton, que se duerme en Arcis-del-Aube.

Sea como fuere, es lo cierto que Javert, cuando conoció que Juan Valjean se le escapaba, no se aturdió. Estando seguro de que el presidiario escapado no podía hallarse muy lejos, organizó emboscadas y ratoneras, y dió una batida por el barrio durante toda la noche. Lo primero que vió fué la cuerda del farol rota; pero este indicio le extravió más, porque le hizo dirigir todas sus investigaciones hácia el callejon sin salida de Genrot. Habia en este callejon varias tapias bastante bajas, que daban á los jardines cuyas cercas terminan en inmensos terrenos baldíos.

Juan Valjean debía indudablemente haber huido por ellos: en efecto, si éste se hubiera internado más en el callejon, probablemente hubiera huido por allí y entonces se hubiera perdido, porque Javert registró aquellos jardines y aquellos terrenos minuciosamente.

Al despuntar el día dejó allí en observacion dos hombres inteligentes y volvió á la Prefectura de policía, avergonzado como un polizonte que se dejase coger por un ladrón.

LIBRO SEXTO.

El Petit-Picpus.

I.

Callejuela Picpus, núm. 62.

Nada habia tan semejante, hace medio siglo, á cualquier puerta-cochera, que la puerta-cochera del núm. 62 de la callejuela de Picpus. Esta puerta, abier-

ta casi siempre, dejaba ver dos cosas que no eran fúnebres: un patio rodeado de tapias cubiertas de vides y la fisonomía de un portero, que estaba ocioso. Por encima de la tapia del fondo sobresalian árboles grandes. Cuando los rayos del sol alumbraban el patio y vasos de vino al portero, era difícil pasar por delante del núm. 62 de la calle de Picpus sin adquirir una idea alegre, á pesar de ver que era aquel sitio sombrío.

El sol sonreía y la casa rezaba y lloraba.

Si se lograba pasar de la portería—lo que no solo no era fácil, sino imposible para casi todos, porque habia un *Sésamo, ábrete*, que era preciso saber;—si se lograba pasar de la portería, se entraba por la derecha á un pequeño vestíbulo, al que daba una escalera estrecha entre dos paredes, y tan estrecha que apenas podia pasar por ella una persona; si al visitante no le asustaba el embadurnamiento amarillo con zócalo de color de chocolate de que estaba pintada la escalera, si se atrevia á subir, pasaba á un rellano, despues á otro, llegaba al primer piso y á un corredor, en el que la pintura amarilla y zócalo de color de chocolate le perseguian aun con pacífico encarnizamiento. Escalera y corredor se alumbraban con la claridad que dejaban entrar dos grandiosas ventanas. El corredor formaba recodo y estaba oscuro. Doblando este cabo despues de dar algunos pasos, se llegaba á una puerta que no estaba cerrada. Empujándola se entraba en una habitacion de unos seis piés cuadrados, embaldosada, lavada, limpia, fria, cubierta de papel de color de mahon con florecitas verdes. Claridad blanca-mate se introducía por una ventana grande con vidrios pequeños colocada á la izquierda, y que tenia toda la anchura del cuarto. El que mirara en el cuarto no veía á nadie; el que escuchara no oía ni un paso ni un murmullo humano. La pared estaba sin adornos, el cuarto sin muebles; no habia en él ni una silla.

Fijando más la atencion, se descubria en la pared de enfrente de la puerta un agujero cuadrangular, como de un pié cuadrado, cubierto con una reja de hierro de barras cruzadas, nudosas y fuertes, que formaban cuadrados, ó por mejor decir, mallas de menos de pulgada y media de diagonal. Las florecitas verdes del papel amarillo llegaban ordenadas hasta las barras de hierro, sin que este contacto fúnebre las asustase ni las estremeciese. Suponiendo que fuese un sér

viviente tan excesivamente delgado que intentase entrar ó salir por aquel agujero cuadrado, la reja se lo hubiera impedido. No dejaba pasar el cuerpo, pero dejaba pasar los ojos, esto es, el espíritu. Hasta esto parece que se habia tenido en cuenta al forrar la reja con una lámina de hoja de lata, introducida en la pared un poco más adentro y atravesada por mil agujeritos más pequeños que los de una espumadera. Por bajo de esta lámina habia una abertura semejante á la de un buzón del correo. Un cordón de hilo, unido á un torniquete de campanilla, colgaba á la derecha del agujero enrejado.

Si se tiraba del cordón, sonaba una campanilla y se oía una voz que hacia temblar:

—Quién es? preguntaba esa voz, que era de mujer, voz dulce, pero lúgubre.

Aquí era preciso saber tambien una palabra mágica.

Si no se sabia, la voz callaba y la pared volvía á quedar silenciosa, como si al otro lado de ella reinase la tenebrosa oscuridad del sepulcro.

Si se sabia la palabra, la voz respondía:

—Entrad por la derecha.

Entonces el visitante se fijaba en una puerta que coronaba una ventana con vidrios, pintada de color gris. Levantaba el picaporte y al entrar en la habitacion experimentaba la misma impresion que al entrar en un palco cerrado con una celosía, antes de bajarse ésta y antes de encender la araña (1). Entrábase, en efecto, en una especie de palco de teatro, que iluminaba apenas la luz que trasporaba de la puerta vidriera, estrecho, amueblado con dos sillas viejas y una estera rota, verdadero palco, que tenia hasta su barandilla, con regular altura para apoyarse en una tablilla de madera negra. El palco estaba enrejado, pero no con reja dorada como en el teatro de la Opera, sino con monstruoso cruzamiento de barras de hierro, horriblemente enredadas y empotradas en la pared por enormes soldaduras que parecian puños cerrados.

Despues de acostumar la vista durante algunos minutos á la semiclaridad de aquel cuarto, si el visitante trataba de atravesar la reja no podia pasar más allá de seis pulgadas, y allí se encontraba con una barrera de postigos negros, ase-

gurados y reforzados por traviesas de madera pintadas de amarillo.

Al cabo de algunos momentos se oía una voz por detrás de los postigos, que decia:

—Aquí estoy. Qué quereis?]

Era una voz simpática y algunas veces cariñosa.

Pero no se veía á nadie. Apenas se percibía su respiracion. Parecia que os hablase una evocacion desde el fondo de la tumba.

Si el visitante poseía las raras condiciones exigidas, se abría la estrecha hoja de un postigo y la evocacion se convertía en aparicion. Detrás de la reja y detrás del postigo se veía, en cuanto permitía ver el enrejado, una cabeza, de la que solo podían descubrirse la boca y la barba; lo demás de la fisonomía lo tapaba un velo negro. Se entreveía una toca negra y una forma apenas visible cubierta con negro sudario. Aquella cabeza os hablaba, pero no os miraba ni os sonreía nunca.

De tal modo estaba dispuesta la luz que penetraba por detrás, que el visitante veía blanca la aparicion y ésta lo veía á él negro. Aquella luz era simbólica.

La vista penetraba con avidez por aquella abertura practicada en un sitio cerrado á todas las miradas. Penumbra vaga rodeaba á la enlutada figura. Los ojos escudriñaban la penumbra, tratando de separarla de la aparicion. Pasados algunos momentos se convencía el visitante de que nada veía más que la noche, el vacío, las tinieblas, la bruma del invierno mezclada con el vapor de la tumba, paz; horrible silencio en el que nada se recogía, ni suspiros; sombra en la que nada se distinguía, ni fantasmas.

Lo que veía era el interior del claustro. El interior de la morada triste y severa que se llama el convento de las Bernardas de la Adoracion perpétua. Aquel palco era el locutorio. La primera voz que oyó el visitante fué la de la tornera, que estaba siempre sentada é inmóvil á la otra parte de la pared, cerca de la abertura cuadrada y defendida por la verja de hierro y por la placa de mil agujeros.

El locutorio era oscuro, porque tenia una ventana por la parte del mundo y ninguna por la parte del claustro. Los ojos profanos no penetran en aquel lugar sagrado.

Esto no obstante, más allá de la sombra habia algo, habia una luz; habia una vida en aquella muerte. Aunque

(1) En los teatros de España no existen semejantes palcos, como saben nuestros lectores, pero en los de Francia sí, y á ellos alude Víctor Hugo. —(N. del T.)

éste era el más impenetrable de los conventos, trataremos de introducirnos en él con los lectores, sin olvidar la discreción al referir cosas que los novelistas no han visto y que por lo tanto no han relatado.

II.

La regla de Martin Vargas.

Este convento, que en 1824 hacia muchos años que existía en la callejuela de Picpus, era una comunidad de monjas Bernardas, de la regla de Martin Vargas. Dependían, pues, no de Clairvaux, como los Bernardos, sino del Cister, como los Benedictinos. O en otros términos, no seguían la regla de San Bernardo, sino la de San Benito.

Los que han hojeado libros antiguos saben que Martin Vargas fundó en 1425 una congregación de Bernardas Benedictinas, que tenían á Salamanca por capital de la orden y á Alcalá por cursal.

Esta congregación echó raíces en todos los países católicos de Europa.

Los ingertos de una orden en otra son bastante frecuentes en la Iglesia latina. Para no ocuparnos más que de la orden de San Benito, diremos que á ella pertenecían, sin contar la regla de Martin Vargas, cuatro congregaciones: dos en Italia, la de Monte-Casino y la de Santa Justina de Pádua; dos en Francia, Cluny y San Mauro; además las nueve órdenes siguientes: Valombrosa, Grammont, los Celestinos, los Camandulenses, los Cartujos, los Humildes, los del Olivo y los Silvestrinos, y por último los Cistercienses; porque el Cister mismo, aunque era el tronco de otras órdenes, solo es una rama de la de San Benito.

El Cister lo fundó San Roberto, abad de Molesme, en la diócesis de Langres, en 1098. En 529 el diablo, que se retiró al desierto de Subiaco (era viejo ya; ¿se habría hecho ermitaño?), fué arrojado por San Benito, que entonces tenía diez y siete años, del templo de Apolo, donde aquel vivía.

Después de la regla de los Carmelitas, que iban con los piés descalzos, llevaban al cuello áspero cordón de mimbre y no se sentaban nunca, la regla más dura era la de las Bernardas Benedictinas de Martin Vargas. Iban vestidas de negro, con una pechera que, según prescripción expresa de San Benito, les llegaba hasta la barba. Componían su hábito túnica

de sarga ancha y negra, la citada pechera, un gran velo de lana y la toca, que les bajaba hasta los ojos, cortada en cuadro sobre el pecho. Todo el traje era negro, exceptuando la toca, que era blanca. Las novicias llevaban el mismo hábito, pero blanco.

Las Bernardas Benedictinas de Martin Vargas practicaban la adoración perpetua, como las Benedictinas llamadas Señoras del Santo Sacramento, las que al principio de este siglo tenían en Paris dos casas, una en el Temple y otra en la calle Nueva de Santa Genoveva; por lo demás, las monjas del Petit-Picpus pertenecían á una orden completamente distinta de la que seguían las Señoras del Sacramento.

Las Bernardas Benedictinas de la regla española de Martin Vargas comen de vigilia todo el año, ayunan la Cuaresma y otros días especiales, se levantan desde la una hasta las tres para leer el Breviario y cantar maitines, se acuestan sobre la paja y se cubren con sábanas de jerga en todas las estaciones; no usan el baño ni encienden nunca la lumbre; observan la regla del silencio; no hablan más que en las horas de recreo, que son muy cortas, y gastan camisetas de buriel seis meses, desde el 14 de Setiembre, que es la Exaltación de la Cruz, hasta la Pascua. Las llevan solo seis meses por una gracia, porque la regla dispone que debe ser todo el año; pero como la camiseta de buriel era insostenible en el rigor del estío y las producía fiebres y espasmos nerviosos, fué preciso limitar su uso. Aun así, cuando se ponen dicha camiseta el 14 de Setiembre tienen calentura tres ó cuatro días. Sus votos, cuyo rigor aumenta esta regla, son de obediencia, de pobreza, de castidad y de perpetuidad en el claustro.

Eligen priora cada tres años las madres que se llaman *vocales*, porque tienen voz en el capítulo. Cada priora solo puede ser reelegida dos veces, de modo que su mando no puede durar más de nueve años.

Nunca ven al sacerdote celebrante, pues se lo oculta una cortina de sarga de nueve piés de altura. Cuando el predicador declama los sermones en el púlpito, se bajan el velo que las tapa el rostro. Deben hablar siempre en voz baja, andar con la vista fija en el suelo y con la cabeza inclinada. No puede entrar en el convento más hombre que el arzobispo de la diócesis, si se exceptúa el jardinero, que ha de ser viejo, y para

que esté siempre solo en el jardín y las religiosas eviten su presencia, tiene que llevar una campanilla ó un cascabel en la rodilla.

Estas monjas prestan á la priora sumisión absoluta y pasiva, cumplen la sujeción canónica con toda su abnegación. La oyen como á la voz de Cristo, *ut voci Christi*; la siguen al primer gesto, al primer signo, *ad nutum, ad primum signum*; con alegría, con perseverancia, con obediencia ciega, *prompte, hilariter, perseveranter et caeca quadam obedientia*.

Turnan en lo que llaman la *reparación*. La reparación consiste en rezar por todos los pecados, faltas, desórdenes, violaciones, iniquidades y crímenes que se cometen en el mundo.

Durante doce horas consecutivas, desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la mañana, ó vice-versa, la hermana que le toca la *reparación* permanece arrodillada sobre las baldosas ante el Santísimo Sacramento, con las manos juntas y con una cuerda al cuello. Cuando le es insostenible el cansancio, se prosterna extendida con el rostro en tierra y con los brazos en cruz, y este es todo su descanso. En esta actitud ora por todos los pecadores del universo. Esta grandeza raya en lo sublime.

Como el referido acto se realiza ante un poste, en cuyo extremo superior arde un cirio, se llama indistintamente hacer la *reparación* ó *estar en el poste*. Las monjas, por humildad, prefieren llamarlo así, porque esta última expresión envuelve la idea de humillación y de suplicio.

La *reparación* es un acto que absorbe toda el alma. La hermana que lo practica no vuelve la cabeza aunque caiga un rayo á sus espaldas.

Además, hay siempre al mismo tiempo otra monja de rodillas delante del Santísimo Sacramento.

Esta estación dura una hora y las hermanas se relevan como soldados que están de centinela. Esto es la Adoración perpetua.

Las prioras y las madres se bautizan con nombres impregnados de gravedad particular, que recuerdan, no á santos ni á mártires, sino momentos de la vida de Jesucristo, como la madre Natividad, la madre Concepción, la madre Presentación y la madre Pasión.

Cuando se las vé, solo se consigue verlas la boca. Todas tienen los dientes amarillos, porque nunca entró en el convento un cepillo de dientes. Limpiárselos es estar en lo alto de una escala,

debajo de la que no hay más que una cosa: la perdición del alma.

Nunca dicen *mío*, porque no tienen nada suyo, ni deben profesar afecto á nada. Dicen siempre *nuestro*, como nuestro velo, nuestro rosario; y si hablasen de la camisa, dirían nuestra camisa. Algunas veces se aficionan á cualquier bagatela, á un libro de rezo, á una reliquia, á una *medalla bendita*; pero cuando conocen su afición al indicado objeto deben regalarlo. Recuerdan las palabras de Santa Teresa, á la que le dijo una gran señora cuando entró en la orden:—“Permitidme, madre mía, que envíe por una Biblia que aprecio muchísimo.—Si apreciáis aun algún objeto, la contestó la Santa, *no entrais en nuestra casa.*”

Les está prohibido á estas monjas encerrarse y tener una celda propia. Viven en celdas abiertas.

Cuando dos hermanas se encuentran, dice una: *Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar*; y responde la otra: *Por siempre sea alabado y bendito*. Palabras que se repiten cuando una llama á la puerta de otra.

Las monjas de la Visitación dicen al entrar: *Ave Maria*, y la que está dentro responde: *Gratia plena*.

Efectivamente, este saludo está “lleno de gracia.”

Cada hora del día dá tres golpes suplementarios la campana de la iglesia del convento. Al oír esta señal, la priora, las madres vocales, las profesas, las conversas, las novicias y las postulantes interrumpen lo que hablan, lo que hacen ó lo que piensan, y dicen todas á la vez, si dan las cinco, por ejemplo: *A las cinco y á todas horas bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar*. Y así sucesivamente á todas las horas.

Esta costumbre, que tiene por objeto desviar el pensamiento y dirigirle hácia Dios, existe en muchas comunidades religiosas; solo varía la fórmula.

Las Benedictinas Bernardas de la regla de Martin Vargas, que existían hace cincuenta años en el Petit-Picpus, cantaban los oficios, salmodiando con gravedad canto llano puro y en alta voz todo el tiempo que dura el oficio.

Cuando encuentran un asterisco en el misal hacen una pausa y dicen en voz baja: *Jesús, María y José*. En el oficio de difuntos toman un tono tan bajo, que parece imposible que las voces de las mujeres puedan descender tanto, y esto produce efecto estremecedor y trágico.

Las monjas del Petit-Picpus hicieron

construir una cripta bajo el altar mayor para dar sepultura en ella á la comunidad.

El Gobierno, como ellas decian, no permitia ya que se enterrasen allí sus cadáveres.

Salian, pues, del convento cuando morian, y esto las afligia y las consternaba, como si cometiesen una infraccion.

Obtuvieron el semiconsuelo de ser enterradas á una hora especial, y en un rincon, especial tambien, del antiguo cementerio de Vaugirard, que ocupaba un terreno que habia pertenecido á la comunidad.

Estas monjas asistian los domingos y los jueves á misa mayor, á vísperas y á todos los oficios.

Observaban escrupulosamente las fiestas menores que desconocen los mundanos y que la Iglesia prodigaba antiguamente en Francia y sigue prodigando en España y en Italia.

El capítulo se reunia una vez cada semana; le presidia la priora y asistian á él las madres vocales. Cada hermana se arrodillaba por turno en las baldosas y confesaba en voz alta y á presencia de las demás las faltas y los pecados cometidos durante la semana. Las madres vocales deliberaban despues de cada confesion é imponian la penitencia en voz alta tambien.

Además de la confesion en alta voz, en la que entraban las faltas un poco graves, tenian para las faltas veniales lo que llamaban *la culpa*.

Purgar la culpa es prosternarse, durante la misa, boca abajo delante de la priora, hasta que ésta, que ellas la llamaban *nuestra madre*, avisa á la monja que puede ya levantarse, dando un golpe en el brazo de su sillón. Se purga la culpa por cosas insignificantes: por romper un vaso, por rasgar un velo, por tardar involuntariamente algunos minutos en acudir á la misa, por cantar mal una nota en la iglesia, etc.

La culpa es espontánea: la *culpada* (esta palabra se usa aquí etimológicamente) se juzga y castiga á sí misma.

Los domingos y dias de fiesta cuatro madres cantoras salmodiaban los oficios ante un gran facistol de cuatro pupitres.

Cuando llamaban al locutorio á una monja, aunque fuese á la priora, se bajaba el velo de modo que solo dejaba ver la boca.

Solo la priora podia hablar con los extraños; las demás solo podian ver á la familia, y esto raras veces. Si por casua-

lidad una persona se presentaba á ver á una religiosa que conoció ó que amó cuando ésta pertenecia al mundo, necesitaba para conseguirlo entablar una negociacion. Si era mujer, se la autorizaba en algunos casos: la monja iba entonces al locutorio y hablaba por entre postigos, que solo se abrian para una madre ó para una hermana. Este permiso se negaba siempre á los hombres.

Tal era la regla de San Benito rigORIZADA por Martin Vargas.

Las monjas del Petit-Picpus no estaban alegres, rosadas ni frescas como lo están con frecuencia las de otras órdenes. Estaban pálidas y tristes. Desde 1825 á 1830 tres de ellas se volvieron locas.

III.

Severidades.

Para ingresar en el Petit-Picpus las jóvenes deben ser dos años por lo menos postulantes, algunas veces cuatro, y otros cuatro novicias. Es muy raro que se pronuncie el voto definitivo antes de los veintitres ó de los veinticuatro años. Las Bernardas Benedictinas de Martin Vargas no admiten viudas en su orden.

Las monjas se entregan en sus celdas á maceraciones desconocidas que ellas no deben referir.

El dia que profesa una novicia la visten con sus mejores galas, la cubren la cabeza con blancas rosas, perfuman y rizan su cabello; despues se prosterna; extienden sobre ella un gran velo negro y cantan el oficio de difuntos. Las religiosas se dividen en dos filas; una de las dos pasa cerca de la que vá á profesar, diciendo con acento plañidero: *Nuestra hermana ha muerto*; y la otra fila responde con voz sonora: *Vive en Jesucristo*.

En la época de esta historia habia anexo al convento un colegio de niñas nobles, casi todas ricas, entre las que se distinguian las señoritas de Saint-Aulaire y de Bélissen y una inglesa que tenia el apellido católico ilustre de Talbot. Aquellas jóvenes, educadas por las religiosas entre cuatro paredes, crecian teniendo horror al mundo y al siglo. Una de ellas nos decia una vez: *Solo ver el empedrado de la calle me hacia estremecer de piés á cabeza*. Vestian de color azul, llevaban casquete blanco y un Espíritu Santo de plata sobredorada en el pecho. Los dias de gran festividad, sobre todo el dia de Santa Marta, se les concedia,

como extraordinaria gracia y suprema felicidad, vestirse de monjas y cumplir todas las prácticas de San Benito durante un dia entero. En los primeros tiempos las religiosas les prestaban sus negros vestidos: pareciendo esto despues una profanacion, lo prohibió la priora, permitiendo este préstamo á las novicias no más. Es digno de notarse que estas representaciones, toleradas sin duda y favorecidas en el convento por secreto espíritu de proselitismo y para inspirar á las niñas aficion anticipada al santo hábito, diesen placer real y sirviesen de verdadera recreacion á las educandas. Estas representaciones las divertian. Cándidos regocijos de la niñez, que no consiguen convencer á los mundanos de que sea un placer tener en la mano un hisopo y permanecer en pié horas enteras cantando á coro ante un facistol. Las educandas se conformaban con todas las prácticas del convento, menos con la austeridad.

Las educandas, lo mismo que las monjas, solo veian á su familia en el locutorio. Ni aun sus madres podian abrazarlas. Hasta ese punto se llevaba allí la severidad. Un dia visitó á una educanda su madre, que iba con una niña de tres años, hermanita de aquella. La educanda lloraba porque queria abrazar á su hermana. Imposible. No consiguiendo esto, suplicó que á lo menos permitiesen á la niña que pasase la mano entre los hierros para besársela. Esta proposicion fué rechazada por ser casi escandalosa.

IV.

Alegrías.

No por eso aquellas niñas dejaron de llenar la grave mansion de graciosos recuerdos.

Habia ciertas horas en que la infancia chispeaba en la clausura. Sonaba la hora de recreo. La puerta giraba sobre sus goznes y los pájaros decian:—Bien! Bien! Ya vienen las niñas!... Un torrente de juventud inundaba el jardin, cortado en forma de cruz, como una mortaja. Niñas de fisonomías radiantes, de frentes blancas, de ojos inocentes y brillantes, eran las auroras de todas clases que se esparcian por aquellas tinieblas.

Despues de la monotonía de las salmodias, de los repiques de las campanas y de los oficios, estallaba de repente el ruido que movian las niñas, ruido más dulce que el que producen las abejas.

Abriase la colmena de la alegría y cada una llevaba su miel. Jugaban, se llamaban unas á otras, se agrupaban, corrian; los velos desde lejos vigilaban las risas, las sombras espiaban los rayos; pero ¡qué importaba! ellas brillaban y reian. Aquellas paredes lúgubres tenian su minuto de deslumbramiento, y asistian, vagamente iluminadas por el reflejo de tanto placer, á todos los susurros del enjambre infantil. Era aquello como una lluvia de rosas en medio del luto. Las niñas loqueaban, inspeccionadas por las religiosas, pues la mirada de la impecabilidad no incomoda á la inocencia. Gracias á estas niñas, entre tantas horas de austeridad habia una de desahogo. Las niñas más pequeñas saltaban y las mayores bailaban. No hay nada tan arrebatador y augusto como la expansion de aquellas almas inocentes.

Homero hubiera ido con Perrault á reir á aquel jardin sombrío, lleno entonces de juventud, de salud, de ruido, de gritos, de aturdimiento, de placer y de felicidad.

Se han dicho en aquella morada, más quizás que en otras partes, esas *ocurrencias infantiles* que tienen tanta gracia y que provocan á una clase de risa que nos deja pensativos. Allí se oyó decir una vez á una niña de cinco años:—Madre, una de las mayores ha venido á decirme que ya no me quedan más que nueve años y diez meses de estar aquí. Qué alegría!

Tambien allí se oyó este diálogo memorable:

UNA MADRE VOCAL.—¿Por qué lloras, hija mia?

LA NIÑA (*de seis años, sollozando*).—Le he dicho á Alicia que sabia la historia de Francia y me ha contestado que no la sabia, y la sé.

ALICIA (*de nueve años*).—No, no la sabe.

LA MADRE.—¿Por qué lo dices, hija mia?

ALICIA.—Porque me hizo abrir el libro al azar y que le preguntase de él lo que quisiera, que ella me contestaria.

—Y qué?

—Que no me ha sabido contestar.

—Veamos, qué le preguntaste?

—La primera pregunta que me ha parecido.

—Qué pregunta era?

—Esta: *Qué sucedió despues?*

Allí se hizo tambien esta observacion profunda sobre una cotorra golosa que pertenecia á una educanda:

—Es muy mona! Se come la manteca de las tostadas como una persona.

En aquel convento se recogió esta confesion, escrita de antemano, para no olvidarla, por una pecadora de siete años:

—“Acúsome, padre, de haber sido avaricia.

„Acúsome, padre, de haber sido adulterio.

„Acúsome, padre, de haber dirigido miradas á los hombres.”

En uno de los bancos de césped de aquel jardin improvisó una boca de rosa de seis años este cuento, que escucharon ojos azules de cuatro y de cinco:

—“Eranse tres gallos pequeñitos que vivian en un pais en el que habia muchas flores, y se las metieron en el bolsillo. Despues cogieron las hojas y las metieron dentro de sus juguetes. Habia un lobo en aquel pais y muchos bosques; el lobo estaba en el bosque y se comió á los gallos pequeñitos.”

Tambien se oyó allí referir este poema:

—“Sucedió que dieron un palo.

„Fué Polichinela, que se lo dió al gato.

„Y esto no le hizo bien, que le hizo mal.

„Entonces una señora puso á Polichinela en la cárcel.”

Allí tambien una niña abandonada, que el convento recogió y educó por caridad, dijo esta frase tierna y dolorosa.

Oyendo hablar á las educandas de sus madres, murmuraba ella desde un rincon:

—“Mi madre no estaba allí cuando yo nací.”

El rectorio era una sala grande, oblonga y rectangular, que solo recibia la claridad por un claustro de archivoltas que habia al nivel del jardin; era oscuro y húmedo, y como decian las niñas: “Estaba lleno de animales.”

Los sitios contiguos le suministraban su contingente de insectos, y habian bautizado las educandas cada uno de sus cuatro ángulos con un nombre particular y expresivo. Los llamaban el rincon de las arañas, el rincon de las orugas, el de las cucarachas y el de los grillos.

Del rectorio habian pasado estos nombres al colegio, que dividieron en cuatro naciones. Cada educanda pertenecia á una de ellas, segun el rincon del rectorio donde se sentaba á la hora de comer.

El arzobispo, en una de sus visitas pastorales al colegio, vió entrar en la clase por donde pasaba á una niña sonrosada, de hermosos cabellos rubios, y le preguntó á una educanda morena, de frescas mejillas, que estaba á su lado:

—Quién es esta niña?

—Es una araña, monseñor.

—Y esa otra?

—Un grillo.

—Y aquella?

—Una oruga.

—Y vos?

—Yo soy una cucaracha, monseñor.

Cada casa de esta clase tiene su género de particularidades. Al principio del siglo era Ecouen uno de esos sitios graciosos y severos en los que se desarrolla la infancia de las niñas. En Ecouen, para tomar puesto en la procesion del Corpus, se hacia distincion entre las vírgenes y las floristas. Habia tambien “pálios,” é “incensarios,” segun llevaban las cintas del pálio ó incensaban al Santísimo Sacramento. Echar flores correspondia de derecho á las floristas. Delante iban cuatro vírgenes. En dicha festividad no era raro oír preguntar por la mañana en el dormitorio:

—Quién es vírgen?

La señora Campan cita el siguiente dicho de una “pequeña,” de siete años á una “mayor,” de diez y seis, que iba á la cabeza de la procesion, mientras aquella se quedaba á la cola:

—Tú eres vírgen, pero yo no lo soy!

V.

Distracciones.

Sobre la puerta del rectorio estaba descrita en letras gruesas la siguiente oracion, que llamaban el *Pater-Noster-blanco*, y que poseia la virtud de guiar las almas al Paraiso por el camino recto:

“Pater-Noster-blanco, que Dios hizo, que Dios dijo, que Dios puso en el Paraiso. Al ir á acostarme por la noche encontré tres ángeles echados en mi cama, uno á los piés y dos á la cabecera, y á la Virgen María en medio, que me dijo que me acostase y que no pensase en nada más. El buen Dios es mi padre, la Santa Virgen mi madre, los tres apóstoles mis hermanos y las tres vírgenes mis hermanas. La camisa con que Dios nació envolvió mi cuerpo, y en mi pecho llevo impresa la cruz de Santa Margarita. La Santa Virgen se ha marchado por los campos, llorando á su Hijo querido, y encontró á San Juan.

—De dónde venís? le preguntó.—Vengo del *Ave Salus*.—¿Habeis visto si allí está Dios?—Está en el árbol de la Cruz; pendientes tiene los piés, clavadas las ma-

nos, y una corona de espinas ensangrienta su cabeza. El que rezare esta oracion tres veces por la mañana y otras tantas por la noche, ganará el cielo.”

En 1827 esta oracion característica habia ya desaparecido de la pared bajo el espesor de una triple capa de pintura amarilla, y acaba tambien de borrarse de la memoria de algunas ancianas de hoy que entonces eran niñas.

Un crucifijo grande colgado en la pared completaba la decoracion del rectorio, cuya única puerta daba al jardin. Dos mesas estrechas y largas, con dos bancos cada una, formaban dos líneas paralelas del uno al otro extremo del comedor. Las comidas eran frugales y el régimen de las niñas muy severo. Las niñas comian callando, inspeccionadas por la madre que estaba de semana; sazonzaba el silencio algun trozo de la vida de los santos, leído en alta voz desde una cátedra con atril, situada debajo del crucifijo. La lectora era una de las educandas mayores, y este cargo duraba una semana.

La educanda que interrumpia el silencio tenia que hacer en el suelo una cruz con la lengua. Lamia la tierra. El polvo, que es el fin de todas las alegrías, se encargaba de castigar á estas pobres hojas de rosa, á las que se hacia culpables del murmullo.

Habia en el convento un libro, del que solo se imprimió un ejemplar único y que estaba prohibido leer. Era la regla de San Benito, arcano que no debian penetrar profanos ojos. *Nemo regulas seu constitutiones nostras externis communicabit.*

Las educandas cogieron un dia dicho libro y se pusieron á leerle con avidez, pero interrumpiendo la lectura por temor de que las sorprendiesen, lo que las hacia cerrar el libro con precipitacion de vez en cuando. Pero del peligro que corrieron no les resultó gran placer. Lo más interesante que encontraron fueron algunas páginas ininteligibles acerca de los pecados de los jóvenes.

Un dia, estando de visita el arzobispo, una de las educandas, la señorita Bouchard, apostó á que le pediria un dia de asueto, que era pedir una enormidad en una comunidad tan austera. Le aceptaron la apuesta, creyendo que no lo conseguiria. Cuando llegó el momento de pasar el arzobispo por delante de las educandas, la señorita Bouchard, con indescriptible asombro de sus compañeras, salió de la fila y le dijo:—Monseñor, concedednos un dia de asueto. La

señorita Bouchard era alta, fresca, hermosísima. El arzobispo se sonrió y respondióla:—*Un dia de asueto! Tres dias, si quieres: te concedo tres dias.*

La priora no podia oponerse: lo disponia el arzobispo. Hubo escándalo en el convento y gran alegría en el colegio.

Este claustro tan severo, no era, sin embargo, tan impenetrable que la vida de las pasiones del mundo y el drama y la novela no se abriesen paso en él. Para probarlo nos limitaremos á consignar un hecho real é incontestable, aunque no se relaciona con la historia que estamos narrando. Solo mencionamos este hecho para completar la fisonomía del convento.

En aquella época vivia en el convento una mujer misteriosa, que no era monja y la trataban con gran respeto: se llamaba la señora Albertina.

Solo se sabia de ella que estaba loca y que pasaba por muerta para el mundo. Se ocultaban bajo el velo de su historia arreglos de intereses necesarios para un gran casamiento.

Esta mujer, de treinta años, morena, bastante linda, tenia miradas vagas en sus grandes ojos negros. Veia? no se sabia con certeza. Andaba deslizándose, no hablaba nunca, no parecia que respirara. Tocar sus manos era tocar la nieve. Su gracia era extraña y sepulcral. Donde ella entraba se sentia frio. Un dia que pasaba por el lado de dos hermanas, dijo una de ellas:—Pasa por muerta.—Quizás lo está, contestó la otra.

Hacianse muchas suposiciones sobre la señora Albertina, que era el tema de la curiosidad de las educandas. Habia en la capilla una tribuna que solo tenia un agujero circular, una claraboya, que era donde la señora Albertina asistia á los oficios del culto. Solo entraba ella allí, porque desde dicha tribuna se veia al predicador y al celebrante, y esto estaba prohibido á las monjas.

Un dia de sermon ocupaba el púlpito un sacerdote joven y de elevada alcurnia, el duque de Rohan, par de Francia, que fué oficial de los mosqueteros Rojos cuando era príncipe de Leon, y que llegó á ser cardenal-arzobispo de Besançon despues de 1830. Era la primera vez que el duque de Rohan predicaba en el convento del Petit-Picpus. La señora Albertina asistia siempre á los oficios con imperturbable calma y con inmovilidad completa. Aquel dia, en cuanto vió al duque de Rohan, se incorporó en su asiento y dijo en voz tan alta, que se